

Libro Sanación

Sanación - El Arte de Sanar

CAPÍTULO SIETE

Jesús en los Planos Interiores

Jesús en los Planos Interiores

La historia no termina en la cruz. Ni siquiera termina en la resurrección. Para quienes han seguido el camino de Jesús como sanador, como maestro, como aquel que demostró cómo se ve el amor puro en forma humana, surge una pregunta natural: ¿dónde está él ahora? ¿Qué está haciendo? Y quizás más importante para quienes se sienten llamados al trabajo de sanación: ¿sigue disponible para ayudar?

Las respuestas a estas preguntas abren una dimensión de entendimiento que transforma cómo abordamos nuestro propio trabajo como sanadores y servidores.

Jesús no simplemente desapareció después de su tiempo en la Tierra. El ser que caminó entre nosotros, que sanó enfermos y abrió ojos ciegos, que habló del reino interior—este ser continúa existiendo y sirviendo. Ha avanzado a niveles superiores de aprendizaje, estudiando ahora las lecciones de sabiduría que siguen al dominio del amor. Sin embargo, incluso mientras continúa su propia evolución, permanece disponible para quienes invocan esa frecuencia de consciencia que él encarnó.

Para entender esto, debemos reconocer que la realidad física no es todo lo que hay. Más allá del mundo que vemos y tocamos existen otras dimensiones—lo que podría llamarse los planos interiores. Estos son reinos de consciencia más que de materia, habitados por seres que ya no requieren cuerpos físicos. Algunos de estos seres simplemente están entre encarnaciones, descansando y preparándose para su próxima vida. Otros han evolucionado más allá de la necesidad de experiencia física por completo. Y algunos—los más relevantes para nuestra discusión—han elegido permanecer cerca de la esfera terrestre específicamente para ayudar a quienes aún están aprendiendo aquí.

Entre estos ayudantes hay maestros de sabiduría y compasión extraordinarias. Se han graduado, por así decirlo, de la escuela de la Tierra. Podrían avanzar a reinos superiores de aprendizaje y experiencia. Pero por amor a quienes vienen después de ellos, se han vuelto atrás. Han pospuesto su propio avance para servir como guías, como fuentes de inspiración, como ayudantes para quienes aún luchan en forma física.

Este es un sacrificio profundo. Para entender su magnitud, imagina completar un título difícil después de años de estudio, ganando el derecho de pasar a un trabajo más avanzado y satisfactorio—y luego elegir en cambio quedarte atrás a tutorear a quienes aún luchan con lo básico. No porque debas, sino puramente por amor. Esto es lo que estos maestros de los planos interiores han hecho. Se han puesto a disposición a través de las eras para cualquiera que sinceramente busque su ayuda.

Jesús ocupa una posición única en este arreglo. Habiendo demostrado la plenitud del amor en forma humana, habiendo dominado las lecciones de compasión tan completamente que pudo perdonar a sus ejecutores incluso mientras lo mataban, pasó naturalmente a reinos de luz y sabiduría. Sin embargo su conexión con la Tierra y con quienes buscan seguir su ejemplo permanece fuerte. Lo prometió: *"He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."*

¿Cómo se ve esta presencia? No es que el ser individual que fue Jesús de Nazaret aparezca físicamente para ayudar a cada persona que lo invoca—aunque tales apariciones han sido reportadas a lo largo de la historia. Más bien, hay una consciencia, una frecuencia, una cualidad de ser que Jesús encarnó tan puramente que ahora lleva su impronta. Esto es lo que podría llamarse consciencia Crística—no limitada a un hombre, sino un principio universal de amor puro e incondicional que Jesús demostró y que permanece accesible a todos.

Esta consciencia ha sido percibida bajo muchos nombres a través de culturas y siglos. Algunos la llaman el Cristo. Otros la han llamado por diferentes nombres en diferentes tradiciones. El nombre importa menos que la cualidad. ¿Cómo la reconoces? Por sus frutos. Donde no hay orgullo, no hay juicio, solo amor y perdón y sanación—ahí encuentras esta consciencia. Donde hay humildad, compasión y aceptación, donde eres alentado a amarte a ti mismo y a otros más plenamente—ahí esta presencia está obrando.

El mismo Jesús apuntó hacia este entendimiento. Dijo: *"Las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará."* No estaba reclamando acceso exclusivo al poder del amor. Estaba demostrando lo que se vuelve posible cuando un ser humano se abre completamente a ese poder —e invitando a otros a hacer lo mismo. La consciencia Crística no es algo reservado para un individuo especial hace dos mil años. Está disponible ahora, para ti, para cualquiera dispuesto a abrirse a ella.

Para quienes están comprometidos en trabajo de sanación, este entendimiento tiene implicaciones prácticas. No estás solo en tus esfuerzos. Cuando trabajas con intención pura, con

un corazón abierto, con deseo genuino de servir—te conectas con una vasta red de ayudantes en los planos interiores. Algunos de estos ayudantes son seres que una vez caminaron la Tierra como sanadores ellos mismos. Otros son maestros que se especializan en guiar a quienes sirven. Y disponible para todos los que resuenan con su frecuencia está la consciencia que Jesús encarnó.

Esto no quiere decir que cada impresión, cada intuición, cada aparente guía viene de fuentes elevadas. El discernimiento es esencial. Los planos interiores contienen seres de varios niveles e intenciones, igual que el mundo físico. Pero la prueba es simple: ¿esta guía lleva hacia el amor? ¿Alimenta la humildad y el servicio? ¿Te ayuda a convertirte en un canal más claro para la sanación, o infla tu ego y te separa de otros? La guía verdadera de la consciencia Crística siempre mueve hacia el amor, hacia la unidad, hacia la sanación. Nunca promueve el orgullo o la especialidad o el juicio de otros.

Muchos sanadores reportan experiencias de recibir ayuda durante su trabajo—un saber repentino de qué hacer, un influjo de energía más allá de la propia, un sentido de presencia guiando sus manos o sus palabras. Estas experiencias no son imaginación. Son momentos de conexión con los ayudantes que están listos para asistir a cualquiera que trabaje en servicio a otros. Mientras más te abras a esta posibilidad, más disponible se vuelve esta ayuda.

La conexión se hace a través de resonancia. Como sintonizar una radio a una frecuencia particular, te sintonizas a la frecuencia del amor y el servicio, y te vuelves capaz de recibir lo que se transmite en esa frecuencia. La oración es una manera de sintonizar. La meditación es otra. La intención sincera de servir, sostenida consistentemente con el tiempo, gradualmente refina tu capacidad de recibir. No necesitas rituales especiales ni conocimiento secreto. Solo necesitas un corazón puro y un deseo genuino de ayudar.

Jesús dijo: *"Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos."* Esto no es poesía ni metáfora. Cuando las personas se reúnen en el espíritu del amor y el servicio—cuando un sanador y quien busca sanación se encuentran en ese espacio sagrado de cuidado genuino—una tercera presencia entra. La consciencia del amor mismo se une al encuentro. Por esto los círculos de sanación, los grupos de oración, e incluso las simples sesiones uno a uno pueden llevar tanto poder. Los participantes humanos crean la apertura; algo más grande fluye a través.

También prometió enviar un ayudante: *"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad."* Este Espíritu—esta presencia de guía y consuelo y empoderamiento—no fue destinada solo para los discípulos que escucharon esas palabras. Fue prometida a todos los que seguirían el camino del amor. Permanece disponible ahora. Solo espera tu disposición a recibir.

¿Qué significa esto para tu trabajo como sanador? Significa que puedes abordar cada sesión sabiendo que la ayuda está disponible. Antes de comenzar, puedes tomar un momento para abrirte, para invitar a la presencia del amor a trabajar a través de ti. Puedes soltar la carga de pensar que debes hacer esto solo, con solo tus propios recursos limitados. Puedes confiar en que cuando te ofreces como canal para la sanación, el canal será llenado desde fuentes mucho mayores que tú mismo.

También significa que puedes confiar en el proceso incluso cuando no puedes ver los resultados. Los ayudantes en los planos interiores ven lo que tú no puedes ver. Saben lo que la persona frente a ti verdaderamente necesita, que puede o no ser lo que ellos creen necesitar. Cuando te entregas a la guía del amor, permites que la sanación tome cualquier forma que sirva mejor—incluso si esa forma te sorprende, incluso si se ve diferente de lo que esperabas.

La relación con estos ayudantes de los planos interiores no es una de dependencia. Ellos no quieren que los adores o que dependas de ellos para cada decisión. Su propósito es ayudarte a ser más plenamente tú mismo—ayudarte a acceder a tu propia conexión con la fuente infinita de amor y sabiduría. La mejor guía siempre te lleva de vuelta a tu propio corazón, tu propio saber, tu propia relación directa con lo divino. Un verdadero maestro se hace innecesario con el tiempo.

Jesús encarnó este principio perfectamente. No buscó seguidores que permanecerían para siempre dependientes de su presencia física. Buscó despertar en otros la misma consciencia que él llevaba. Quería no adoradores sino compañeros servidores, no hijos dependientes sino hermanos y hermanas maduros capaces de hacer las obras que él hizo—y obras mayores aún.

Esta invitación permanece abierta. Aquel que caminó las colinas de Galilea sanando enfermos continúa su trabajo desde reinos más allá de nuestra vista. La consciencia de amor puro que fluyó a través de él permanece accesible a todos los que se abren a ella. Los ayudantes que se han dedicado a asistir a la humanidad están listos. Todo lo que se requiere es tu disposición—tu humilde, sincera, amorosa disposición a servir.

No estás solo. Nunca has estado solo. Y las obras de amor que estás llamado a hacer—la sanación, la enseñanza, los simples actos de bondad y presencia—estas obras son apoyadas por más ayuda de la que puedes imaginar. Abre tu corazón. Invita la presencia. Confía en el proceso. Y observa lo que se vuelve posible cuando la disposición humana se encuentra con el amor divino.